



De las pérdidas y los dolores que las acompañan

Autor: David Francisco Ayala Murguía, psicoanalista, docente en la Universidad Nacional Autónoma de México, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y la Universidad de Occidente (Mazatlán, Sin.) y candidato a doctor en antropología.



Hay dolores para los cuales estamos de acuerdo en que existe una localización, un lugar, tanto en el cuerpo como en el lenguaje; con los dos ejes mencionados, el sujeto da cuenta, a sí mismo y al otro, de su ubicación.

Cuando nos aqueja una dolencia del tipo descrito, basta hablar de un dolor de muelas, un dolor de estómago o un dolor de espalda, y a todos nos queda clara la focalización. Podemos afirmar que todo el cuerpo posee, está o queda dentro de esta doble posibilidad ubicatoria. Ningún dolor físico escapa ni al cuerpo ni al lenguaje.

Por desgracia, cuadro tan preciso y definido no es el más común tratándose del dolor. Las aristas se difuminan cuando el dolor persiste, cuando no se va. Se estaciona y la posibilidad de trascender en el tiempo va provocando que también la zona afectada se confunda, camine, se haga grande –como las ondas en las quietas aguas–, y así continuará hasta tocar e invadir los límites de la subjetividad. El dolor –antes circunscrito a un punto corporal– ahora implicará a la fantasía, al pensamiento, a la ideología, a la conciencia del individuo. El dolor, nacido en el cuerpo, ha tomado por asalto a la subjetividad.

Además de los dos ejes arriba mencionados, al parecer en los dolores físicos se juntan o mezclan otros tres elementos: tiempo, intensidad y área corporal; su mezcla y proporcionalidad determinará el comportamiento del dolor, por ejemplo, si el dolor es breve (al igual que el espacio temporal), entonces el área dolorida permanecerá definida. Tal sería el caso de un violento y pasajero dolor, como una punzada en un ojo. Su existencia de relámpago no romperá la frontera, queda bien localizado.

Imaginemos ahora un dolor leve que, no obstante, se haga presente por mucho tiempo. Este último factor será suficiente para romper la barrera por su persistencia, la cual molesta y desencadena ➔

Referencias bibliográficas

1. Thomas Louis-Vincent. *La muerte*. Barcelona, Paidós Studio, p. 123-124.
2. Op. cit, p. 427.
3. Ibidem.
4. Roudinesco, E., Plon, M. *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Arg., Paidós, p. 693.
5. Le Breton, D. *Antropología del dolor*. Barcelona, Esp., Seix Barral, p. 12.

o invoca otros elementos de orden psíquico. En el caso de un dolor de intensidad mayúscula y de lapso semejante, aun cuando afecte un área definida y concreta, al poco tiempo su presencia se sentirá mucho más allá del punto inicial. El lugar del dolor se tornará impreciso, él y sus fronteras se difuminarán. Ya no se sabe dónde duele, duele todo. Del cuerpo, de la carne, de los músculos, del órgano, el dolor se extiende, amenaza la representación y unidad que del cuerpo tenemos; duele el cuerpo, pero también los pensamientos, hasta la muerte es invocada con tal de que cese el dolor. Merma la seguridad, baja la autoestima, pone frente a nosotros ideas previamente ausentes, como la vejez, la impotencia, la carencia, el antes y el ahora, y el negro panorama futuro. A pesar de lo anotado, el cuerpo duele,

duele con dolor corporal, confundido, sí, pero corporal o al menos se sabe por dónde empezó todo, era un dolor en el estómago y ahora duele el riñón, la espalda, la caja torácica y anexas. El dolor implica angustia, desesperación; está encerrado en el andamiaje corporal, ¿ampliado? De acuerdo, pero en el cuerpo. Los dolores descritos, así como los que siguen a una pérdida, parecerían desmentir el postulado de la división mente-cuerpo.

De otro orden es el dolor que acompaña a una pérdida. Éste es lo suficientemente complejo como para que los autores que lo abordan pongan el acento en el objeto perdido, en el proceso que sigue a la pérdida—al que denominan duelo—o en los síntomas con los que el sujeto ve afectada su subjetividad. Louis-Vincent Thomas lo define así: “el duelo es la vivencia penosa y dolorosa (*dolere* quiere decir sufrir) que causa todo lo que ofende a nuestro impulso vital. En primer lugar, la pérdida de uno mismo en el envejecimiento: pérdida de cabello, de capacidad física y



genésica, de memoria y lucidez, a la que es menester resignarse. Más aún, la pérdida del ser amado, que ocasiona un profundo desconcierto, una herida que equivale a menudo a una mutilación [...]. Sin duda la vivencia del duelo varía según el tipo de actividad que se tenía hacia el que acaba de desaparecer”.¹

En el *Diccionario de psicoanálisis*, escrito por J. Laplanche y J. B. Pontalis, consultamos el término duelo. El texto no lo registra como tal. Lo que se encuentra es trabajo de duelo (*trauerarbeit*, en alemán), al cual definen así: “proceso intrapsíquico, consecutivo a la pérdida de un objeto de fijación y por medio del cual el sujeto logra desprenderse progresivamente de dicho objeto”.²

Se trata entonces de un proceso que se desarrolla a nivel intrapsíquico y que aparece después de haber perdido un objeto importante o de fijación; mediante tal proceso logrará desprenderse del objeto, por tanto, es de suponerse que un objeto de fijación es aquel al que estamos prendidos de tal manera que al perderlo nos vemos sumergidos en un proceso de duelo, ergo no cualquier pérdida es motivo de duelo. El desprendimiento es progresivo y requiere forzosamente de tiempo, aunque los autores no hablan de la duración del periodo de desprendimiento. Aquí decir intrapsíquico es afirmar que se da en el sujeto, dentro de él, sin implicar su voluntad, sin que pueda evitar el sufrimiento o la angustia que lo aqueja, especialmente al inicio del proceso. Es también implicar el trabajo intenso al que está sometido el aparato psíquico. Y, ¿cómo se sabe que existe ese trabajo intrapsíquico?

Viene atestiguado porque el sujeto muestra “falta de interés por el mundo externo [...] y toda la energía del sujeto aparece acaparada por su dolor y sus recuerdos”.³ Para Elisabeth Roudinesco y Michel Plon (1998) los síntomas son: “humor triste, sensación de un abismo infinito, extinción del deseo y la palabra, embotamiento

seguido de exaltación, atracción irresistible de la muerte, las ruinas, la nostalgia, el duelo”.⁴ Entonces, se llama duelo a un evento en el que el sujeto pierde un objeto que para él era relevante, que le importaba, que llenaba una esfera de su vida... lo supiera él o no.

Freud (1905) diría que lo único que podemos considerar como pérdida es cuando el objeto perdido ha sido previamente libidinizado, esto es, que posee una carga elevada de libido, de energía psíquica. Y por tal ruta hasta podemos establecer una relación directamente proporcional entre objeto, pérdida y reacción del sujeto: a mayor libidinización objetual, mayor reacción del sujeto, mayor el dolor por la ausencia y más indefinición de las áreas del dolor. ¿Y como qué objeto llenaría esos requisitos? Los cumpliría cualquiera, sin importar si éste es una persona, un trabajo o un cambio de ciudad, de vida, de estado civil o de uno determinado por la edad; entonces, cualquier objeto dentro de un espectro infinito provocaría el dolor correspondiente al perderlo.

Pero el asunto no se detiene ahí, cuando tenemos un objeto no necesariamente sabemos la importancia que posee para nosotros y menos aún desde el ángulo que lo estamos enfocando. Recordemos el aforismo “nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido”. Así es, en no pocas ocasiones es justamente el momento de la pérdida el que nos mostrará la dimensión de lo perdido. Decíamos que desconocemos el valor, ¿cómo es posible tal tragedia o ignorancia? Para el psicoanálisis es un punto sencillo de explicar en virtud de que considera que el sujeto es alguien que está dividido, que no es una unidad. Lo considera dividido en instancias: el consciente, el inconsciente y el preconscious o bien en el ello, el yo y el superyó. De estas tres partes, una puede hacer el registro, las otras dos no se enteran.

Dentro del campo que estamos abordando existe una complicación más: ¿dónde ubicamos al objeto perdido? Lo que a primera vista pareciera verdad o afirmación de Pero Grullo, adquiere otra dimensión si la vemos más de cerca. Diríamos que lo que se pierde es el objeto, persona, cosa, trabajo o bien material, y si ➔

eso es verdad, entonces ahí estaría la ubicación de lo perdido. Lo perdido estaría ubicado en la desaparición del objeto amado y/o valorado. Pero, ¿entonces por qué duele más allá, por qué se implica al cuerpo, por qué los síntomas señalados por los autores citados?

Los últimos párrafos nos muestran que el dolor en las pérdidas es diferente al físico, casi nunca inicia con algo corporal, empieza por el mundo externo: la mujer amada se fue, el bienestar económico cesó, la juventud se escurrió entre los dedos del tiempo, la familia feliz se convirtió en quimera. Nace afuera, pero se incuba, aunque no exactamente en el cuerpo; desde su origen no tiene ubicación. Para que lo comprendamos mejor pongámoslo en forma de pregunta: ¿dónde duele la pérdida, qué órgano duele cuando perdemos algo valioso? Casi parecen preguntas tontas. Y es que para estos dolores no hay un área corporal específica, no es un dolor del cuerpo, o en todo caso se trata de otro cuerpo, de un cuerpo asociado al tiempo en el que se tenía la posesión, hubo partes que la disfrutaron, las caricias dejaron huella, lo mismo que las imágenes, los discursos, las expectativas y las fantasías que con el objeto nos hicimos. Se trata del cuerpo que es capaz de albergar el honor, los ideales, el amor, la risa, la poesía, las rutinas. Jorge Luis Borges lo deja claro en las siguientes líneas de su poema “El amenazado”: “me duele una mujer en todo el cuerpo”.

Ese cuerpo que duele en las pérdidas es uno cruzado por un elemento central que llamamos fantasía. Con la pérdida se activa la fantasía, no la realidad; la fantasía que teníamos de la persona que partió, la que teníamos de la belleza, la que teníamos de que nuestros padres serían eternos, inmortales; pero las fantasías no sólo son de omnipotencia o positivas, también las hay negativas, no sólo las tiñe el amor, también las alcanza el pincel del odio o el de la envidia o los grises tonos de la muerte. ¿Cuántas veces no fantaseamos con la desaparición del ser amado, por accidente, enfermedad o decisión divina? Las ganas y las fantasías pudieron ser primero conscientes y con la desaparición convertirse en

inconscientes, por acción de la represión, pero no por ello dejarán de ser eficaces. Serán, en el futuro, espadas de Damocles que provocarán dolores, dolores de cabeza y síntomas diversos que pueden incluir el dolor físico, pero que nunca dejan de lado al moral: “todo dolor comporta un padecimiento moral, un cuestionamiento de las relaciones entre el hombre y el mundo”.⁵

El dolor de las pérdidas invade también al cuerpo, pero no en un primer momento: inicialmente vive, sufre un elaborado proceso en el alambique de las fantasías y sólo después irá al cuerpo, pero entonces –si te fijas, lector– no emigrará al mismo cuerpo del dolor físico, viajará al cuerpo que el sujeto alberga en su fantasía, no al de la anatomía, no al conjunto de órganos sino al que el sujeto ha construido en la fantasía, en el que habitan las palabras del difunto, los consejos del padre o los besos de la amada.

Finalmente, daremos un ejemplo que compruebe lo afirmado: el dolor de un duelo en apariencia resuelto, si encontró solución, tendría que haber desaparecido, pero en este dolor las cosas no suceden según la lógica del dolor físico. El de la pérdida será vuelto a la palestra en ocasión de nuevos duelos; cuando éstos acontecen, todo lo pasado se hace presente, otra vez el recuerdo se torna nítido, otra vez el sujeto lo revive, lo carga. Cada nueva pérdida o duelo posee el poder de aportar a la conciencia todo el cúmulo mnémico de las pérdidas-duelos anteriores. El mismo poder lo tienen ciertas fechas, como los aniversarios, el fin de año o el día del cumpleaños del sujeto perdido. Estos retornos en ocasiones son inocuos, pero en otras se vuelven patógenos, aun cuando no fue así por el tiempo en que ocurrió la pérdida. La aniversalización del dolor pertenece sólo al ámbito de las pérdidas. **DOLOR**